

Ciclo dirigido por Manuel Seco

«MAPA LINGÜÍSTICO DE LA ESPAÑA ACTUAL»

■ Intervinieron los profesores Gregorio Salvador, Neira, Echenique, Colón y Constantino García

El español en España, la realidad lingüística de Asturias, la lengua vasca y el perfil lingüístico de Cataluña, Valencia y Mallorca, así como la lengua gallega, fueron objeto de análisis dentro de un ciclo de siete conferencias con el título de «Mapa lingüístico de la España actual», que se celebró en la Fundación Juan March del 22 de abril al 31 de mayo. El ciclo estuvo dirigido por el académico **Manuel Seco**, quien realizó la presentación de cada conferenciante; y en él intervinieron los profesores **Gregorio Salvador** (con dos conferencias), **Jesús Neira**, **María Teresa Echenique**, **Germán Colón** (con dos conferencias) y **Constantino García**. Seguidamente ofrecemos un extracto del ciclo.

Manuel Seco:

«FUNCION DE LA LENGUA»

Las lenguas son instrumentos de comunicación, cables que unen entre sí a los seres humanos. Una lengua actúa como aglutinante del grupo humano que la tiene por suya y como catalizador de su conciencia diferencial frente a otras colectividades. De esa función social, solidaria y agrupadora, y a la vez, apartadora, no se puede separar otra importantísima función de la lengua: la individual. La lengua es la vía por la que la persona entra en contacto con el universo.

Si la lengua está en el centro de nuestra conciencia individual; si en ella está vertebrada toda la convivencia con los seres humanos más próximos, ¿cómo ha de sorprendernos que el hombre sienta una adhesión profunda y apasionada hacia su lengua materna, y que le subleve íntimamente la idea de que alguien



pueda imponerle prohibiciones o trabas en su uso?

Un español está culturalmente mutilado si no posee una información seria y una sincera estima de las diversas lenguas que coexisten en España. Empezando, claro está, por aquella que es vehículo común de conexión entre todos los españoles y que además nos hermana con la mitad del Nuevo Continente. Este ciclo responde a esa idea, en el deseo de borrar imaginarias incompatibilidades entre el amor a la propia lengua y el aprecio a la del prójimo, y de remodelar sobre bases objetivas esquemas mentales que tantas veces hemos edificado sobre el corazón y no sobre el cerebro.

«EL ESPAÑOL EN ESPAÑA»



Hablar del español, en la nación que le ha dado nombre, señalar sus límites peninsulares, calibrar su extensión demográfica y examinar los conflictos que, en parte del territorio, suscita su coexistencia con otras lenguas, me parece tarea conveniente dada la confusión que suele padecerse al respecto. El español de España ha perdido su carácter ejemplar, su condición de arquetipo en los últimos 20 ó 30 años. Una primera cuestión es su denominación: ¿español o castellano? El artículo 3º 1. de la Constitución dice: «El castellano es la lengua española oficial del Estado». Por nuestra parte, los dialectólogos enunciamos que el castellano no es otra cosa que una variedad del español como la murciana, la sevillana, la canaria, la mexicana, la chilena, bogotana o rioplatense. Canarios, andaluces, murcianos, manchegos, extremeños, leoneses, aragoneses, navarros deben, lógicamente, sentirse más cómodamente instalados en una lengua llamada española que castellana.

Las fronteras geográficas del español o castellano con las otras lenguas peninsulares ya han sido trazadas desde hace tiempo por expertos lingüistas. Una nueva y obligada dimensión del mapa lingüístico español es la demolingüística: resulta que de los 504.750 km.² que comprende el territorio de España, en unos 415.000 la lengua española es exclusiva, y en algo menos de 90.000 coexiste con gallego, vasco o catalán, es decir, en un 18% del área, redondeando hacia arriba. La segunda cuestión es preguntarse en qué número los 39.310.648 españoles que establece el cóm-

puto de 31-III-85 tienen el español como lengua materna o tienen como tal alguna de las otras lenguas. La verdad es que, pese a la alta densidad de población de esas zonas, muy superior a la media, los datos demolingüísticos que poseemos no autorizan a suponer ni tan siquiera siete millones de españoles con lengua materna distinta de la que es, además, común; ya que en todas esas áreas los hablantes que tienen el español como lengua materna son siempre numerosos y en muchos lugares mayoría.

El mapa geográfico y demográfico del español en España es no poco conflictivo. Por lo pronto, los que son límites geográficos con las otras lenguas no coinciden con los límites de las actuales comunidades autónomas. Once, de las diecisiete existentes, incluyen dentro de su demarcación, en mayor o menor medida, áreas bilingües. Y sólo tres, Galicia, Cataluña y Baleares (con la salvedad en la segunda del valle de Arán) pueden afirmar que la lengua que llaman propia comprende geográficamente todo su territorio, aunque no toda su población.

Al español se le empieza a negar —y lo de llamarle castellano ayuda no poco a ello— su condición de lengua común de los españoles, de lengua de intercambio en la cual todos, mal que bien, podemos entendernos. Y esto es actuar sin atender a la realidad. Y es lo que han hecho cuatro Estatutos de Autonomía, el catalán, el vasco, el gallego y el valenciano, que califican como len-

gua propia la vernácula y como oficial el castellano. ¿Cómo puede afirmarse tal cosa cuando en el País Vasco o en Valencia el GLM (grupo de lengua materna) castellano es exclusivo en la mitad de sus territorios y mayoritario en la otra mitad? O en Galicia y Cataluña donde, si bien la lengua autóctona se extiende por todo el ámbito geográfico, el GLM español es igualmente mayoritario? ¿Cómo negar la condición de lengua propia al español en regiones donde su GLM mayoritario ha proporcionado, en lo que va de siglo, escritores como Valle-Inclán o Cela, Unamuno o Baroja, Goytisolo o Marsé, Azorín o Miró?

Las gentes poseen un certero instinto lingüístico y saben optar por la lengua que les va a servir de modo más amplio y eficaz. Lo que pasa es que han renacido en nuestro tiempo muchas ideas decimonónicas de clara raigambre romántica y algunas de ellas afectan a las lenguas. También circula la idea del igualitarismo lingüístico. No son iguales todas las lenguas, ni muchísimo menos. La lengua es, ante todo, un instrumento de comunicación y su índice demolingüístico, junto con su área de expansión, establecen ya un criterio de mayor o menor utilidad; de jerarquía instrumental, pues.

El español es la lengua de España y de veinte naciones más. Su GLM en el mundo debe estar ahora por los 295 millones y unos 35 ó 40 millones más de personas la conocen, son capaces de entenderse con ella. Los demolingüistas la sitúan, con el inglés, el chino y el hindi, en el grupo de las cuatro mayores. Su porvenir inmediato, en el período de futuro histórico sobre el que se pueden aventurar pronósticos, parece totalmente asegurado.

Pero ¿tenemos en España, hoy, suficientemente vivo el orgullo

de la lengua? Yo me temo que no. Y el orgullo del propio idioma, de la lengua en que uno piensa y en la que se expresa, es un ingrediente colectivo, externo pero necesario, en su mantenimiento, en su cohesión normativa, en su estabilidad estructural. De ese explicable y legítimo orgullo surgen sentimientos como el de la llamada «lealtad lingüística», concepto que introdujo Weinreich en la sociología del lenguaje para referirse a la actitud de algunas personas o grupos que, en situaciones de bilingüismo, se mantienen fieles a su lengua primera cuando ésta es la minoritaria o dominada.

Lealtad lingüística

El español, tal vez la lengua que ha sido objeto del más demorado, espectacular y genuino caso de lealtad lingüística, el de las comunidades judeo-españolas, empieza a suscitar en el último decenio una extraña desafección en algunos de sus hablantes, que abjurán de él, que lo niegan, que se sienten desventurados utilizándolo. La frecuencia del hecho, su generalización en ciertas áreas, creo que debe ser motivo de inquietud. Y los efectos son graves, porque la aversión hacia la propia lengua, sin otra que realmente la sustituya, lo que produce de inmediato es desatención, descuido expresivo, desentendimiento de la norma; yo atribuyo en buena parte a esa causa cierto ambiente difuso de indiferencia generalizada hacia la corrección y propiedad lingüísticas que padecemos dentro de nuestras fronteras.

¿En qué medida no se está promoviendo, o en el mejor de los casos tolerando, el localismo fonético, la desatención de la norma, la chabacanería expresiva en aras de una alabada y supuesta identidad diferencial?

Quiero hablar de variedades dialectales, de la extensión geográfica o social de algunos rasgos caracterizadores. Pero los dialectólogos sabemos que los dialectos no existen, que lo único que hay, dentro de un ámbito lingüístico son isoglosas, límites de rasgos determinados, bien sean fonéticos, morfológicos o léxicos.

Voy a trazar una división interna dentro del español. Hay un español de tendencia conservadora, con firme consonantismo, y hay un español de tendencia evolutiva, con diversas relajaciones consonánticas. El conservadurismo predomina en el norte y el evolucionismo se localiza en el sur: pronunciación castellana frente a pronunciación andaluza. Español castellano y español atlántico ha llamado a estas dos clases de español don Rafael Lapesa, porque la división se produce igualmente en América.

La frontera entre esas dos variedades fundamentales, la norteña y la meridional, no la marca precisamente una línea, ni siquiera ateniéndonos a una sola isoglosa, que sería en este caso la de la aspiración o pérdida de -s implosiva, es decir de -s final de sílaba o final de palabra.

Otro fenómeno de confusión consonántica, que algún tiempo se tuvo por andaluz, pero cuya generalización, urbana sobre todo, dificulta cualquier distribución por áreas continuas, es el yeísmo. Como tampoco es propiamente norte-sur la oposición entre zonas que, conservando a nivel popular la aspiración de la *h*-, procedente de *f*- latina, pronuncian igualmente como aspiración y no como fricativa velar sorda la jota castellana.

Se puede juzgar, por otra parte, lo que ocurre en Andalucía como arquetipo de ese español propenso a evolucionar. Pero no hay un dialecto andaluz sino multitud de dialectos

andaluces, coincidentes en algunas cosas, divergentes en muchas más. No hay absolutamente ningún rasgo dialectal que sea común a toda Andalucía y no hay tampoco ningún rasgo que sea exclusivo de Andalucía, que no aparezca en otros territorios hispanohablantes. No hay nada, pues, fonéticamente en Castilla, que no tenga presencia real, genuina, no de influjo normativo, en algún lugar de Andalucía. Quizá convenga que hablemos del castellano como dialecto, como variedad regional del español, como peculiaridad lingüística de Castilla la Vieja.

Frente al mosaico dialectal del sur, con el abigarramiento de las hablas andaluzas, en el norte, leoneses, castellanos, cántabros, vascos, navarros y aragoneses, en cuanto son medianamente cultos, se ajustan a un modelo normalizado, a unas pautas de elocución esencialmente idénticas.

Hay mucha más homogeneidad en el español hablado en la mitad septentrional de la Península, incluidas las zonas bilingües, de la que pueda encontrarse, sin salir de sus límites, en cualquier provincia del sur. Los leoneses, relegados los restos de su antiguo dialecto a las zonas más occidentales y rústicas, hablan castellano, con alguna nota peculiar como la acentuación de los adjetivos posesivos. Cantabria dialectalmente es castellana, con alguna variedad curiosa, como el habla pasciega. Los casi dos millones de vascos no bilingües hablan castellano lisa y llanamente. De riojanos y aragoneses podemos decir otro tanto.

Y los aragoneses, ajenos del todo a las confusiones pronominales, menos proclives a aceptar el yeísmo, casi se han convertido en el verdadero modelo de corrección castellana y, aparte una entonación peculiar, que los cultos sofrenan, su variedad

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1985/1986

Mapa lingüístico de la España actual



ABRIL 1986

Martes, 22
GREGORIO SALVADOR
"El español en España. I"

Jueves, 24
GREGORIO SALVADOR
"El español en España. II"

Lunes, 28
JESÚS NEIRA
"La realidad lingüística de Asturias"

Martes, 29
M.^a TERESA ECHENIQUE
"La lengua vasca"

MAYO 1986

Martes, 6
GERMÁN COLÓN
"El perfil lingüístico de Cataluña, Valencia y Mallorca. I"

Jueves, 8
GERMÁN COLÓN
"El perfil lingüístico de Cataluña, Valencia y Mallorca. II"

Martes, 13
CONSTANTINO GARCÍA
"El gallego como lengua de cultura"



Todos los conferencias tendrán lugar a las 16.30 horas en la Fundación Juan March,
Casalú, 77, 28009 Madrid, España. libre.

no ofrece en absoluto disonancias. No puedo terminar sin referirme al español de Canarias, la más meridional de nuestras hablas nacionales y eslabón que une, como tantas veces se ha dicho, el español de España con el español de América.

No hay dialecto canario sino múltiples variedades locales; considerables diferencias de isla a isla, enrevesadas isoglosas entrecruzadas sin salir de cada una de ellas.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos: ¿está en crisis el español de España como se viene afirmando? Personalmente yo no creo que exista crisis en la lengua, aparte descuidos, incorrecciones e impropiedades, que nunca han faltado y pese a la potenciación de localismos dialectales o la penosa actitud de esos inauditos desleales que se han convertido en usuarios vergonzantes del idio-

ma; amén de otras desdichas: el desdén hacia la norma, la despreocupación oficial, claramente reflejada en la enseñanza, que se reduce en cada nuevo plan de estudios, como si la lengua propia fuera asunto particular y no vehículo de entendimiento colectivo. Ya hace dos siglos que escribía Juan Pablo Forner sus *Exequias de la lengua castellana* y resulta notorio que el funeral fue prematuro. La lengua es un instrumento y, como en todo instrumento, la gradación de habilidades en su uso es muy extensa. Desde la perspectiva de los que dominan su empleo, reconocen sus matices y admiran sus precisiones, toda actuación desafinada es algo que rechina en su conciencia lingüística y, si esos virtuosos tienen tendencia al pesimismo, deducen, ante la extensión de ciertos usos vitandos, que la degeneración del idioma es irreversible, y entonces proclaman que la lengua está en crisis.

Pero a pesar de todo esto, soy optimista. Creo que siempre, afortunadamente, el sentido común acaba por imponerse. Poseemos la única lengua que acaso sirva todavía para andar por el mundo sin tener necesariamente que aprender inglés. Podemos estar tranquilos: nos queda español para rato.

GREGORIO SALVADOR nació en Cúllar-Baza (Granada) en 1927. Ha sido catedrático de «Gramática histórica de la Lengua Española» en la Universidad de La Laguna y en la de Granada. Ha sido catedrático de «Lengua Española» en la Universidad Autónoma de Madrid y lo es, en la actualidad, en la Universidad Complutense. Ha colaborado con Manuel Alvar en el «Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía», que ha ido apareciendo en varios volúmenes y que obtuvo una ayuda de investigación de la Fundación Juan March. El pasado 5 de junio fue elegido miembro de la Real Academia Española.

«LA REALIDAD LINGÜÍSTICA DE ASTURIAS»



En estos últimos años el tema del bable se ha puesto de moda en Asturias. Se habla y se discute mucho en torno al bable. Ante este hecho podemos preguntarnos: ¿qué ha pasado? ¿Se ha descubierto una nueva lengua en España? ¿Ha cambiado la situación lingüística de Asturias? Pero la verdad es que no ha ocurrido ni lo uno ni lo otro.

En general, la realidad lingüística de Asturias nos es bien conocida desde hace ya bastantes años. A partir de 1906, año en el que se publica el «Dialecto Leonés» de don Ramón Menéndez Pidal, podemos decir que conocemos sus líneas fundamentales. Asturias es una de las regiones españolas mejor estudiada en lo que a lengua se refiere.

La realidad lingüística de Asturias no ha experimentado ninguna alteración importante en los últimos tiempos. Esto no es sorprendente. Algo parecido ocurre en el resto de España. La lengua tiene su ritmo evolutivo propio y, aunque todo lo que en la sociedad sucede se refleja de algún modo en ella, su marcha no se acompasa a la de hechos políticos o sociales.

La moda del bable está en relación con un hecho político reciente: la creación del Estado de las Autonomías. Por lo que se refiere a Asturias, algunos creyeron que ésta podía tener más personalidad en el conjunto español si tuviese una lengua propia, como la tienen los catalanes, vascos y gallegos. Así los bables de Asturias se convertirían, para adaptarse mejor a la nueva organización autonómica, en un bable, en una lengua para toda Asturias.

Este va a ser un planteamiento ingenuo y erróneo. El ritmo evolutivo de una lengua es lento y ningún hecho externo puede cambiar súbitamente su marcha. Ahora bien, la moda del bable puede sernos útil. Debe actuar de estímulo para conocer mejor la realidad lingüística de Asturias en su estado actual y en sus orígenes.

Podemos decir que en Asturias coexisten o alternan tres modalidades lingüísticas, todas de origen románico: el gallego-asturiano, el castellano y el bable. El castellano es la lengua común, es el medio general de comunicación entre las gentes de Asturias.

En la franja más occidental de Asturias entre el Navia y el Eo, aproximadamente, se habla una modalidad lingüística conocida como gallego-asturiano. Se puede considerar como una variedad del gallego común, con ciertos rasgos propios, generalmente arcaizantes respecto a él.

En el resto de Asturias, existe un conjunto de hablas no clasificables por su origen ni como gallegas ni como castellanas, ya que proceden directamente del latín aquí hablado durante el imperio romano. Estas hablas han recibido a partir de Jovellanos, el nombre de bable o dialecto asturiano.

Este mosaico de hablas del dominio lingüístico astur-leonés, es una consecuencia directa de la evolución de los dialectos latinos cuando éstos se transformaron en lenguas interdependientes entre sí.

Menéndez Pidal clasificó los bables en tres grupos: oriental,

central y occidental. El oriental, a partir del Sella, se continúa por el occidente de Santander y también por León. El bable central está hoy reducido a Asturias, entre el Sella y el Nalón. El bable occidental se prolonga por el NO de León y Zamora, y, dentro de Asturias, se extiende del Navia a la desembocadura del Nalón.

Lenguas complementarias

Fuera del territorio de habla gallega, no ha existido en Asturias una auténtica situación de bilingüismo, y esto sucede por dos razones: 1ª) Porque el castellano es en Asturias la lengua de la intercomunicación entre las gentes. Todos lo conocen y lo usan espontáneamente desde la infancia, aunque en grados variados de corrección o de interferencia con sus bables. 2ª) Porque los bables asturianos no funcionan ni han funcionado nunca como una lengua alternativa frente al castellano. Son respecto a él lenguas complementarias, no opuestas. Su uso, por tanto, no coarta la capacidad expresiva de los asturianos, sino que la enriquece.

La realidad lingüística de la Asturias de hoy es una consecuencia de su historia. En los diversos modos de hablar actuales están presentes, en cierto modo, los hechos aquí acaecidos a lo largo de muchos siglos.

En Asturias coexisten y alternan tres modalidades lingüísticas: el gallego-asturiano, los bables y el castellano. Las tres son asturianas, porque aquí se hablan desde la Reconquista. Intrínsecamente ninguna lengua es superior a otra. Todas, con independencia de su extensión o de su tradición literaria, poseen la dignidad propia de todo lenguaje humano. En toda lengua que de verdad se habla es posible decir todo lo que se

piensa o siente, lo mismo oralmente que por escrito.

Al organizarse España en Comunidades Autónomas, algunos, olvidando nuestra realidad presente y nuestra historia, han pretendido aplicar a Asturias el modelo vasco, catalán o gallego. Se ha creado así cierta confusión en torno a la situación lingüística asturiana, especialmente en lo relativo a los bables y al castellano. Por eso creo conveniente hacer unas puntualizaciones finales sobre ello. 1ª) El castellano es en Asturias el único instrumento de intercomunicación, la única lengua común. Es lengua materna para los asturianos y para algunos su única lengua materna. 2ª) Los bables, en las zonas y entre las gentes que espontáneamente los hablan, son también lenguas de Asturias, instrumentos de comunicación y de expresión. Pero no existe ni ha existido nunca una lengua común para los asturianos distinta del castellano y cuando por motivos extralingüísticos se ha querido hacer, artificialmente, de los bables un bable, una lengua alternativa frente al castellano, el resultado ha sido un lenguaje de exhibición y no de comunicación. El error procede de creer que Asturias tendría más personalidad con una lengua propia, pero la lengua que hablamos no crea nuestra personalidad, sino que la refleja. En el conjunto español, Asturias tiene una personalidad clara, derivada de su realidad presente y de su historia.

JESUS NEIRA nació en Pola de Lena en 1916. Ha sido catedrático de Dialectología Española en la Universidad de Oviedo; es miembro correspondiente de la Real Academia Española. Las hablas de Asturias han sido objeto preferente de sus investigaciones: «El habla de Lena» (1955), «El bable, estructura e historia» (1976) y «Bables y castellano en Asturias» (1982).



«LA LENGUA VASCA»

Son varias las denominaciones que ha recibido y recibe la lengua vasca. Vascuence es denominación que la lengua vasca recibe desde una perspectiva románica y procede del adverbio latino «vasconice», que designaba la manera de hablar de los vascos. De la propia lengua procede la denominación «euskera» o «euskara», término que ha pasado en los últimos tiempos con gran facilidad al romance que se habla en la zona vasca y, desde él, al castellano general.

Esta lengua vasca se habla hoy en cuatro provincias españolas y tres francesas. Su número de hablantes resulta difícil de calcular, pero las cifras que se manejan rondan en torno al medio millón de hablantes. Estos están desigualmente repartidos en territorio vasco. Corresponde la mayor densidad a Guipúzcoa, oriente de Vizcaya y norte de Navarra, y tal densidad es también mayor en zonas rurales que en urbanas.

El vasco es una lengua genéticamente aislada. Su posible relación con lenguas camíticas o caucásicas se pierde en la lejanía y, aunque no haya sido suficientemente estudiada, su vinculación con la lengua finesa tampoco parece conducir al esclarecimiento de sus orígenes.

Con la llegada del latín el vascuence quedó impregnado de numerosos elementos latinos, tanto en el léxico como en lo fonético. La acción románica ha continuado después a través del contacto con los descendientes del latín, esto es, las lenguas y dialectos románicos que lo rodean. Pero, al mismo tiempo, la lengua vasca también ha llevado a cabo una labor de in-

fluencia y modelado de tales romances. Así, en las riojanas «Glosas Emilianenses», manifestación temprana de un romance peninsular, encontramos en medio de balbuceos románicos, dos glosas vascas. No menos conocida es la presencia de elementos vascos en textos jurídicos medievales.

Contrariamente a lo que les sucede a otras lenguas peninsulares, para las que el siglo XVI es época de oscurecimiento, es precisamente este siglo el momento en el que emerge la lengua escrita vasca y, con ella, la literatura escrita en lengua vasca, que tiene continuación ininterrumpida hasta hoy. Es efectivamente en 1545 cuando se publica en Burdeos «Linguae Vasconum Primitiae», primera obra intencionadamente concebida para ser escrita en vasco, de la que es autor Bernart Dechepare.

Retroceso de la lengua

Por lo que se refiere a la lengua hablada, sabemos que el siglo XVIII fue decisivo para el retroceso de la lengua vasca en la provincia de Alava, y es de suponer que en los núcleos urbanos navarros se produjo una erosión progresiva que desembocó en la pérdida de la lengua un siglo después. Otro tanto sucedió en territorio francés, aunque allí el retroceso se registró intensivamente, dentro de un área geográfica estable.

Pero también en el siglo XVIII surge inesperadamente un hecho

de enorme trascendencia cultural: la aparición de la «Sociedad Bascongada de Amigos del País», que más tarde recibió el título de «Real Sociedad Bascongada de Amigos del País». Esta institución no tuvo demasiada trascendencia en el campo lingüístico, pero sí en el terreno de las ciencias en donde se obtuvieron logros de relieve mundial. Pese a ello no debe olvidarse el proyecto, que hoy conocemos mejor, para un gran diccionario vasco que la Sociedad Bascongada llevó a cabo, tras una iniciativa de Pedro Rodríguez de Campomanes.

También en el siglo XVIII aparecen varias figuras de relieve universal, que contribuyen mucho al estudio científico del euskera: Hugo Schuchardt y Guillermo de Humboldt. Un siglo más tarde Luis Luciano Bonaparte estudió las variedades habladas del euskera y sus dialectos literarios.

Como fruto de este espíritu vascológico surgido fuera de España, se constituye, en febrero de 1886 y en Alemania, una Sociedad Vasca, que contó con la adhesión de vascólogos de diversos países y que dio a luz una revista que, con el título «Euskara», se publicó en Berlín entre los años 1886 y 1896.

En el siglo XX culminan las inquietudes de etapas anteriores al crearse instituciones encargadas de velar por la conservación de la lengua y su estudio realmente científico. De principios de siglo datan los primeros intentos para unificar la lengua, que no cristalizaron hasta 1968, fecha en que comenzó la labor de normalización lingüística de la lengua vasca. Fruto de tal labor fue el «batua», lengua normalizada concebida, ante todo, para ser escrita, y que en cualquier caso, constituye el modelo gramatical que aglutina y resume las diferencias dialectales y sociales no con el ánimo

de aniquilarlas, sino con el fin de superponerse a ellas ofreciendo el registro culto, correcto mejor, que las encauce adecuadamente.

Pero una cosa es el estudio filológico del vascuence y otra muy distinta la realidad de la lengua vasca, su utilización efectiva. Es, desde luego, una lengua minoritaria, por más que quien se acerque a ella en los últimos tiempos encuentre progresos externos cada vez más notables. Sin embargo, así como sobre su cultivo científico cabe experimentar un optimismo considerable, no sucede otro tanto en relación con el uso real que del euskera hacen sus hablantes, y en mucha menor medida aún sobre su empleo para la lectura y la escritura, puesto que sus hablantes han sido en su inmensa mayoría analfabetos en su propia lengua durante siglos.

A los gobernantes y la política lingüística que apliquen corresponde la consecución del difícil, difícilísimo equilibrio que debe alcanzarse en la defensa de los derechos de quienes hablan y/o quieren hablar euskera, sin lesionar los también derechos de quienes no hablan o no quieren hablar euskera. Pero esta lengua vasca, vascuence, lengua vascongada, euskera, tiene una realidad presente, a la que ha arribado tras una historia lingüística concreta y propia, algunas de cuyas vicisitudes, a veces injustamente olvidadas, he querido traer aquí.

MARIA TERESA ECHENIQUE nació en San Sebastián en 1950. Es profesora adjunta de Gramática Histórica de la Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid. Su campo de investigación actual es el espacio científico vasco-románico; en esta materia, es autora de «Historia lingüística vasco-románica: intento de aproximación» y «El romance en territorio euskaldún».

«PERFIL LINGÜÍSTICO DE CATALUÑA, VALENCIA Y MALLORCA»



Al no especialista le preocupa ante todo saber si el valenciano es o no catalán, si el mallorquín es o no catalán; si estamos ante dialectos o lenguas. Son discusiones de actualidad. Permítaseme a mí, que llevo unos treinta y cinco años ocupándome del tema, decir qué pienso, sin esquivar lo que para tirios y troyanos pueda resultar molesto. Para mi propósito recurriré a documentos incontrovertibles, especialmente medievales, los cuales nos dejarán observar el problema con una holgada perspectiva histórica.

Dejando aparte el castellano que, en todos lados y de acuerdo con la Constitución, tiene el carácter de idioma oficial, el estatuto de Cataluña especifica que la lengua de la comunidad autónoma es el catalán; el de las Baleares reconoce como oficial el catalán en su modalidad insular, mientras que Valencia se da como lengua propia el valenciano. La denominación de valenciano es la más discutida.

El particularismo no es de ahora. Los filólogos e historiadores discuten, sin llegar a ponerse de acuerdo, acerca de un texto de 1395 del dominico Fray Antoni Canals. Este afirma traducir la obra de Valerius Maximus del latín a la «lengua valenciana», pese a que otros la hayan vertido ya a la «lengua catalana». Las interpretaciones son abundantes. A mi ver, hay dos puntos claros: a) Canals separa «lengua valenciana» y «lengua catalana»; b) no obstante, ambos idiomas deben de ser para él muy cercanos, pues no se le ocurriría decir lo mismo si se hubiera tratado de la

lengua castellana, francesa o portuguesa.

Entre los escritores del Reino pulularon los testimonios de «lengua valenciana». El empeño de tantos valencianos en defender la personalidad exenta de su habla no es cosa de hoy, ni de su capricho. La tradición es larga e ilustre.

Antes de que se hablara de catalán, valenciano, etc., hubo un largo período en el que el idioma cotidiano era designado, en una especie de relación dialéctica, con respecto al latín. Este seguía siendo la lengua docta, elevada, mientras que la familiar venía siendo llamada «vulgar», «romanç», «pla», hasta se da la expresión de «lingua laica»... Desde luego, ese idioma existía y era el mismo que después vemos llamar «lengua catalana» o «lengua valenciana», denominaciones que conviven con «romanç» todavía por mucho tiempo.

El sentimiento particularista era, con todo, muy recio y cada vez debió de fortalecerse más. Hemos verificado que las manifestaciones de catalanidad de los valencianos están formuladas de cara al exterior. Para los de casa, la denominación de «valencià» y «lengua valenciana» es lo normal. Pero, ¿qué hacer cuando hay que nombrar el idioma común, traído por las huestes de Jaime I? Si no se quiere llamar «catalá» al vehículo expresivo mutuo, ¿cómo denominarlo? La solución salomónica es: ni «valencià» ni «catalá», sino «llemosí». Resulta sorprendente que un apelativo tan absurdamente extraño

haya servido para poner paz durante tanto tiempo.

Estos hechos y otros de historia lingüística son suficientes, me parece, para mostrar que por encima de diferencias dialectales, que las hay, como en cualquier idioma, y son importantes; que por encima de un sentimiento de buena parte de los hablantes baleares y sobre todo valencianos, sentimiento que los sociolingüistas han de recoger, existe una innegable unidad: la lengua escrita y hablada en el Rosellón, en el Principado de Cataluña, en Andorra, en la ciudad sarda de Alghero o Alguer, en las Baleares y en Valencia, es una. No hay ningún filólogo responsable que pueda ni quiera negarlo. Se puede afirmar, sin temor a equivocarnos que, bajo el nombre que se quiera, las hablas de Cataluña, Valencia y Mallorca pertenecen a un sistema único y que, manteniendo la «denominación de origen», los filólogos llaman catalán.

Límites geográficos

La lengua catalana se extiende por el Este de la Península Ibérica y por una pequeña parte de la Francia pirenaica. Comprende en España el Principado de Cataluña (las actuales cuatro provincias de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), asimismo el Principado de Andorra (en donde es el idioma oficial), las Islas Baleares y la mayor parte del antiguo Reino de Valencia. En Francia abarca el Rosellón y algunos territorios limítrofes («Département des Pyrénées Orientales»). Hay que añadir todavía la ciudad de Alguer en Cerdeña (en italiano Alghero), en donde el catalán fue llevado por colonos en el siglo XIV.

La extensión de la lengua es de 58.500 km.² El número de hablantes es difícil de precisar,

ya que hasta el momento no se han establecido estadísticas oficiales a este respecto. Teniendo en cuenta todos los factores que entran en juego, es decir, haciendo abstracción de los inmigrantes no asimilados de lengua castellana y del contingente de quienes en las grandes ciudades —en particular Alicante, Valencia, Barcelona, Perpiñán (e incluso en casi todo el Rosellón)— no usan la lengua nativa, la cifra de cinco o seis millones debe ser la más cercana a la realidad. Los límites lingüísticos en la Península Ibérica no coinciden con la división administrativa en provincias y regiones: si por un lado, las hablas aragonesas penetran en Valencia, el catalán, en cambio, rebasa por las comarcas del Matarraña, por Sobrarbe y Ribagorza las lindes de Aragón. De Norte a Sur, el catalán peninsular se extiende desde las montañas de las Corberes («Corbières», en francés), en el Rosellón, hasta el palmeral de Elche, junto a Murcia. Por el contrario, de Este a Oeste va estrechándose a medida que desciende por las tierras valencianas, de modo que en ciertas partes queda reducido a una angosta franja de terreno junto al mar: ello parece denotar que es una lengua de importación.

Históricamente el catalán surge en el territorio de la llamada 'Catalunya Vella', es decir, en los condados forjados en la Marca Hispánica, dependiente en un principio de los reyes francos, quienes detuvieron el empuje de los musulmanes. Largo se ha debatido, incluso en tiempos recientes, acerca de la procedencia del idioma. Hubo filólogos que defendieron el origen ultrapirenaico, basados en el supuesto de que la invasión musulmana hizo tabla rasa de todo.

Así etiquetaron el romance que se habló posteriormente en las tierras que iban a ser Cata-

luña cual mera importación de los pobladores francos. Esta idea llevaba implícita la inserción en la órbita galorrománica de una lengua geográficamente sita en su mayor parte en la Península Ibérica: de ahí surgió una memorable polémica entre los partidarios del galorromanismo y del iberromanismo del catalán. No obstante, el mejor conocimiento de la realidad histórica y filológica y también de los datos que nos brinda la toponimia no dejan resquicio a la duda acerca de la autoctonía lingüística en las comarcas del Principado.

La idiosincrasia lingüística actual de las tierras catalanas viene diseñada por los hechos históricos a que nos hemos referido: Cataluña, con una lengua propia, segura de su alcurnia; las Baleares, que reciben una herencia homogénea, apenas o muy poco discutida; y Valencia, distendida en una dialéctica catalano-aragonesa y con unas pretensiones cada vez mayores por imponer su personalidad de reino independiente.

La diglosia

Al hablar, por otra parte, de la historia de la lengua en sus momentos de más lustre, es decir, en los siglos XIII, XIV y XV, hemos de tener presente un fenómeno que parece acompañar al catalán: la diglosia. Mientras la prosa alcanza cimas de perfección estilística, la poesía se expresa en un provenzal más o menos correcto. Ramón Llull escribe en catalán a fines del XIII incluso tratados especulativos —por vez primera una lengua romance suplanta al latín en la exposición de la filosofía— y el cronista Muntaner narra en una prosa historiográfica impecable las hazañas de sus compatriotas por el Mediterráneo oriental. Pues bien, ambos recurren al occitano de los

trovadores cuando han de expresar sus sentimientos en versos; y no son los únicos.

Mientras tanto, las circunstancias históricas provocaron el advenimiento de una nueva dinastía, los Trastámaras de estirpe castellana. En sí, este hecho no tenía consecuencias para la lengua, la cual mantuvo su vigencia oficial hasta la llegada de los Borbones en el siglo XVIII, quienes impusieron un centralismo de tipo francés y el castellano como único idioma oficial de toda la monarquía española. A partir de 1500 y hasta el segundo tercio del XIX nuestra literatura no presenta ningún autor digno de mención. La lengua queda reducida al ambiente familiar, a la predicación y a las disposiciones administrativas.

En Valencia, el idioma hubiese podido resistir tal vez mejor, pero este reino estaba abierto a los cuatro vientos. Durante estos siglos XVI y XVII, en todas las tierras catalanas, la lengua llevará una vida lánguida y desmazalada, mientras la producción castellana alcanza su época áurea.

Con el romanticismo se produce un despertar, se restauran los «Jocs Florals» y en los estatutos se prescribe que esos certámenes sean únicamente en catalán... Es un hecho de una significación intelectual, social y política. Ahí se dará a conocer con su poema épico «L'Atlàntida» el poeta Jacint Verdaguer. Pronto políticos de todas las tendencias y hombres de Iglesia aunarán sus esfuerzos en pro del habla, la cultura y la personalidad de Cataluña. La recuperación está en marcha.

Vino la guerra civil y el derrumbamiento de todo lo que se había ido construyendo pacientemente. Poco a poco, sin embargo, la lengua fue recobrando posiciones perdidas e incluso ganando nuevas. La conciencia de los intelectuales

de todos los países de lengua catalana de pertenecer a una misma área idiomática (sobre todo en Valencia y Mallorca, pero también en el Rosellón y en Alghero) y a una misma cultura, es hoy más pujante que antes.

No hemos de dejarnos engañar, con todo, por un espejismo. Durante los últimos cuatro siglos la lengua ha necesitado arrostrar obstáculos muy difíciles que hasta ahora ha logrado salvar; pero quizá no se haya visto nunca ante problemas tan arduos como se le presentan en la actualidad.

La insuficiencia, por ejemplo, de los medios de comunicación social. Apenas hay prensa diaria: hoy en el Principado, pero sólo en el Principado, la radio y la televisión están actuando con alguna eficacia. En otros sectores el grado de normalidad es más exiguo: la vida judicial, mercantil y financiera, la administración pública y una gran parte del sistema educativo funcionan casi exclusivamente en castellano.

Las dificultades de expresión o de difusión en catalán repercuten en los imperativos de la vida profesional y de la subsistencia (tener que escribir en castellano en periódicos y revistas), y hay, por otro lado, los requisitos de la expresión íntima. Eso crea un nuevo estado de diglosia.

Hay otra cuestión que tratar: el constante aluvión de inmigrantes provenientes de zonas de lengua castellana. Es un problema sociológico muy grave, pero también lo es lingüístico. Hasta la fecha relativamente reciente se lograba de modo más o menos parcial la asimilación idiomática de los llamados «els altres catalans». Hoy se ha llegado a un grado de saturación y resulta difícil prever cómo reaccionará la lengua.

He expuesto unos datos con-

cretos, que todo el mundo puede comprobar, si quiere, en los documentos, en la vida cotidiana. Quiero, sin embargo, salir al paso de algunos reparos que se suelen formular. La primera reticencia se dirige a quienes se aferran al uso de la lengua; se cree que se encierran dentro de unos límites, «renunciando» al castellano y, por tanto, a ser comprendidos y leídos (en particular, escritores y hombres de ciencia). Otro reparo se hace: el riesgo de desaproperar un instrumento de tanto alcance como el español. Vano temor: el castellano abre mundos científicos, económicos, culturales. Es idioma hermoso y es además también nuestro. En cambio, tenemos derecho a pedir que no se considere el apego al catalán como un tozudo capricho. Es el vehículo expresivo de los que hemos nacido al Este de la Península y aspiramos a usarlo plenamente, igual que se sirven del castellano quienes han visto la luz en el Centro. Para mí, el catalán es una lengua tan española como la otra.

Para remediar las disensiones que han surgido, y surjan, quiero creer que existen espíritus inteligentes y generosos por ambas partes, capaces de cubrir los gritos de los pocos que chillan mucho.

GERMAN COLON nació en Castellón de la Plana en 1928. Es doctor en Filología Románica y desde 1967, director del Seminario de Lenguas Románicas, de la Universidad de Basilea (Suiza). Es miembro correspondiente del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia Española. Es autor de «Literatura catalana» (1975), «El léxico catalán en la Romania» (1976) y «La lengua catalana en els seus textos» (1978); teniendo en prensa «Panorama de la lexicografía catalana» (en colaboración) y «Problemes lingüístics a València i als seus voltants».

«EL GALLEGO COMO LENGUA DE CULTURA»



En el territorio que constituye la Galicia actual vivía hace veintitantos siglos un pueblo o conjunto de tribus que peleaban a menudo entre sí, según sabemos por los historiadores de la Antigüedad, y que habitaban en los castros. No tenemos todavía la menor idea de qué lengua hablaban los miembros de esta comunidad o comunidades que residían en los castros gallegos. Indudablemente por estos territorios pasaron numerosos pueblos.

Con la conquista romana de Galicia, se produce un proceso de integración total de esta comunidad en la vida y costumbres del pueblo conquistador. La cristianización de estos pueblos vino también a contribuir a este proceso de latinización. La formación de una provincia romana en el siglo III dará lugar a que las hablas gallegas y asturleonésas conserven unas características comunes frente al habla de la provincia vecina donde se desarrollará posteriormente el castellano.

Desaparecido el Imperio Romano y arruinado el reino visigótico, surgen desde el siglo VIII en el norte de la península nuevos centros de poder basados en una nueva administración civil, que mantiene como lengua oficial en sus comunidades la lengua latina heredada de Roma. Pero las gentes ya no entienden ese medio de comunicación, tan separado de su lengua vulgar, de tal manera que podemos hablar de la existencia de dos códigos de comunicación distintos dentro de una situación lingüística. La lengua vulgar romance, el gallego en este caso, consigue poco a poco ir introduciéndose en los usos

reservados a la lengua latina. Ya en el siglo XIII podemos afirmar que la lengua gallega es una lengua normal de comunicación en todos los actos de la vida, tanto de los ciudadanos como de los señores. La lengua gallega alcanza en esta época un esplendor extraordinario porque consigue el favor de los literatos de toda la península como lengua trovadoresca por excelencia.

Pero el siglo XV es el momento en el que el castellano empieza a instalarse prácticamente en Galicia; esta instalación se realiza en las capas superiores de la sociedad. Desde mediados del XVI no existe prácticamente documento alguno ya en gallego. La literatura en gallego ha desaparecido. Las condiciones en que se desenvolvía la vida cultural de esa época no eran precisamente muy adecuadas para que algún literato intentase escribir en una lengua que había pasado a ser en pocos años medio de expresión de los menos afortunados.

Ambito rural

A partir del siglo XVII el gallego poco a poco se fue reduciendo más en su ámbito de extensión a los dominios rurales y capas más populares de las ciudades.

En la literatura española del Siglo de Oro hay abundantes ejemplos de la descalificación de lo gallego, que se llega a convertir en tópico. Como consecuencia se produce una doble

reacción ante un complejo de inferioridad que ahora se manifiesta más nítidamente. El siglo XVIII tendrá una trascendencia enorme en la imposición del castellano en Galicia. Los movimientos socioeconómicos aparecidos en esta época hacen cambiar el status social gallego.

El proceso de desgaleguización iniciado entre los siglos XV y XVI no cesa a lo largo del XIX. Las clases sociales superiores instaladas en el castellano sirven de modelo a la gran masa que quiere elevarse socialmente. Pero al mismo tiempo que van ocurriendo estos fenómenos de desgaleguización en la población, se produce una reacción a favor de las lenguas no oficiales ya desde la época del Romanticismo. A mediados del siglo pasado se nota en las publicaciones un uso de la lengua gallega en las composiciones poéticas. Si el año 1861 marca una fecha importante por la celebración de unos juegos florales en los que la lengua gallega está muy presente, la de 1863 es mucho más decisiva porque en esa fecha aparecen «Cantares gallegos», de Rosalía de Castro, libro que asegura ya el Rexurdimento gallego por la calidad estética de esta obra. Por lo tanto, en el último tercio de siglo queda asegurado el renacimiento literario de la lengua gallega, tras varios siglos de silencio.

El comienzo del siglo XX trae consigo la consideración del gallego como lengua literaria normal. No sólo es cultivada la poesía sino también la prosa para toda clase de géneros literarios. Obras de teatro, ensayos de todo tipo, novelas, relatos, obras científicas van apareciendo poco a poco en lengua gallega hasta llegar a los momentos actuales en que el gallego ha pasado de ser la lengua de los «galeguistas» a vehículo normal literario en Galicia.

En los años 40 se hace de

nuevo una presión enorme contra las lenguas vernáculas y no merece la pena hablar de tantos obstáculos que tuvieron que soportar quienes querían expresarse en cualquier idioma que no fuera el castellano. El gallego era cultivado sólo por algunas gentes del exilio, pero a partir de 1950 surgen algunas editoriales que promueven una intensa acción cultural.

Con la aprobación de la Constitución Española de 1978, se reconoce en su artículo 3º que las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas comunidades autónomas de acuerdo con sus estatutos.

Considerando la situación sociolingüística gallega actual veremos que la supervivencia del gallego no va a tener delante un camino de rosas. La administración, la enseñanza, la iglesia, los medios de comunicación social, en fin, el mundo oficial y económicamente superior, habla, escribe y piensa en castellano. El campesinado, los marineros, parte de los trabajadores industriales y de la pequeña burguesía habla gallego, pero escribe en castellano. Hoy, en 1986, el gallego sigue siendo la lengua B de una situación diglósica, en la que el castellano es la lengua A, la lengua del ascenso social y la lengua que todos desearían dominar para conseguir mejoras sociales, culturales y económicas.

CONSTANTINO GARCIA nació en Oviedo en 1927. Es catedrático de Filología Románica de la Universidad de Santiago. Primer Director del Instituto da Lingua Galega, ha impulsado la implantación del gallego en las etapas de Enseñanza Media y Básica. Entre sus libros destaca «Glosario de voces galegas de hoxe»; proyectos y trabajos realizados en equipo son «Atlas Lingüístico Galego», «Diccionario Básico da lingua galega» y «Diccionario gallego».